

Las últimas elecciones francesas juzgadas por dos periodistas españoles de la vanguardia

Lib... aldad... Frat...

FUE Máximo Gorki, el fuerte escritor, voz de los que sufren y anhelan, quien creyó ver en el vetusto palacio de París los restos de una inscripción cuyo sentido no podía descifrar: *Lib... aldad... Frat...*

¡Cuántos corazones de avanzada, como el del glorioso vagabundo de la estepa rusa, habrán sentido en estos últimos años, mirando a Francia, la misma melancólica decepción! Evocamos el recuerdo de los edificios públicos de París con sus fachadas grises, noblemente patinadas por la humedad del ambiente. «Libertad, Igualdad, Fraternidad», se lee en todos ellos, invariablemente, bajo el ástil de la bandera tricolor. Pero el viejo lema revolucionario fué perdiendo, poco a poco, su primitiva fuerza radiante, y ya, en la actual República francesa, aparece casi como fórmula burocrática y membrete oficial. La Francia de estos años postreros, en su reacción nacionalista, autoritaria, plutocrática, había ido dejando borrarse lentamente las tres palabras, los tres principios sagrados de su antigua inscripción. Ya eran cosa pasada, gastada, arcaica... Tópicos de mitin... Residuos verbales de la Revolución y el romanticismo político... Apenas quedaban ya unas sílabas sueltas, como vestigios arqueológicos de la primitiva divisa, sobre el muro del vetusto palacio de Lutecia: *Lib... aldad... Frat...*

Los radicales y socialistas franceses, vencedores en las elec-

ciones del 11 de mayo, vienen a restaurar la borrada leyenda. «¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!», ha vuelto a gritar, en los comicios, la mayoría del pueblo francés. Sí. Mas sus actuales representantes, ¿deberán tan sólo restaurar la inscripción desgastada? ¿Puede una obra de restauración constituir

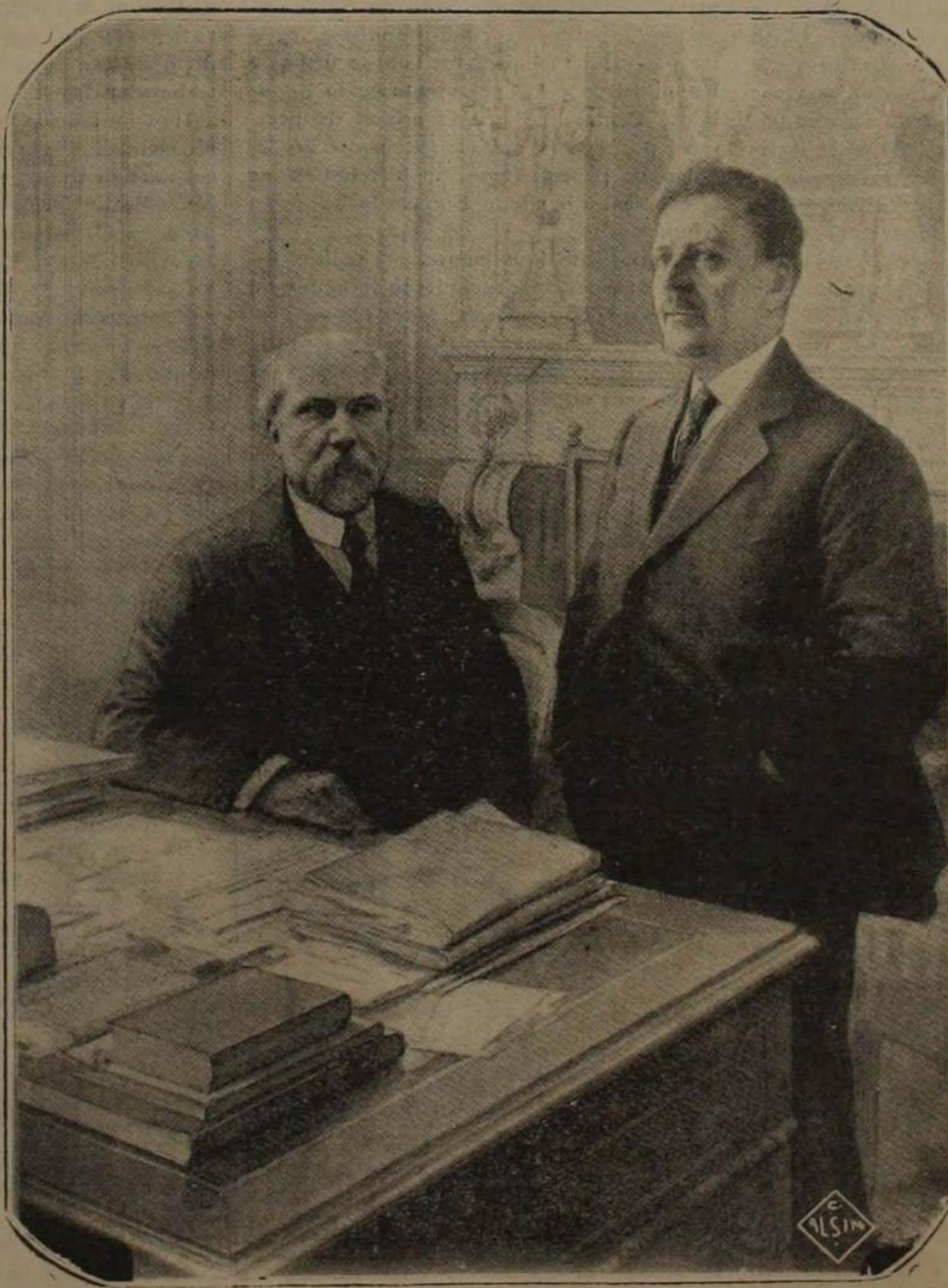
una empresa característica de los partidos de vanguardia? Necesario será que los hombres del siglo XX sepan dar un contenido ideal propio, nuevo, moderno, a cada una de las tres palabras, si han de pronunciarlas hoy de cara a los tiempos futuros, con la misma fe, con el mismo entusiasmo, con la

misma vibración juvenil con que las aclamaran los hombres del siglo XIX...

No es el laborismo que hoy gobierna a Inglaterra una reencarnación del clásico liberalismo. Al contrario, tiene la originalidad, el fervor y casi diríamos la gracia de las cosas que empiezan. En su órbita espiritual se mueven lo más selecto de los intelectuales: los escritores, la nueva generación británica. De un modo parecido, tampoco las actuales izquierdas de Francia habrán de ser una simple resurrección del viejo radicalismo. Con un resplandor de modernidad debería brillar el lema eternamente humano: *Liberté, Egalité, Fraternité*.

El momento tiene un cierto dramatismo. Abramos los dos periódicos franceses antagonicos: *Le Quotidien*, el mayor vencedor, y *L'Action Française*, el mayor vencido, tras la jornada del domingo pasado. Este último, después de la derrota en las urnas, pide a Millerand, el presidente de la República, un golpe de Estado, más o menos encubierto, con la constitución de un Gobierno de salvación pública frente a la Cámara electa el 11 de mayo. *Le Quotidien*, en cambio, a nombre de la voluntad del pueblo francés, pide resuelta-

Ayer y Mañana



El Sr. POINCARÉ (Raymond) y el Sr. HERRIOT (Edouard) en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el 23 de mayo pasado.

(L'Illustration, París).

Dibujo de L. SABATIER.